

minerales. De aquí pasaba al capítulo de sus viajes, de sus relaciones, de duques y marqueses, y al fin, yo, que la conocía tan bien, concluía por suponerla estampada en el *Almanaque Gotha*.

Cuando mi cínife y yo nos quedábamos solos, dejaba el clarín de la vanidad por la trompetilla de mosquito, y entre sollozos y mentiras me declaraba sus necesidades. ¡Era una cosa atroz! Estaba esperando las rentas de Zamora, y ¡aquel pícaro administrador!..., ¡qué administrador tan pícaro! Entretanto no sabía cómo arreglarse para atender á los considerables gastos de Irene en la Escuela de Institutrices, pues sólo en libros le consumía la mayor parte de su hacienda. Todo, no obstante, lo daba por bien empleado, porque Irenilla era un prodigio, el asombro de los profesores y la gloria de la institución. Para mayor ventaja suya, había caído en manos de unas señoras extranjeras (doña Cándida no sabía bien si eran inglesas ó austriacas), las cuales le habían tomado mucho cariño, le enseñaban mil primores de gusto, y perfilaban sus aptitudes de maestra, comunicándole esos refinamientos de la educación y ese culto de la forma y del buen parecer, que son gala principal de la mujer sajona. Tenía ya diez y nueve años.

Tiempo hacía que yo no la había visto, y deseaba verla para juzgar por mí mismo sus adelantos. Pero ella, por no sé qué mal entendida delicadeza, por amor propio ó por otra razón que se me ocultaba, no iba nunca á mi casa. Una mañana me la encontré en la calle, junto á un puesto de verduras. Estaba haciendo la compra en compañía de la criada. Sorprendiéronme su estatura airosa, su vestido humilde, pero aseadí-

simo, revelando en todo la virtud del arreglo, que sin duda no le había enseñado su tía. Claramente se mostraba en ella el noble tipo de la pobreza, llevada con valentía y hasta con cariño. Mi primer intento fué saludarla; mas ella, como avergonzada, se recató de mí, haciendo como que no me veía, y volvió la cara para hablar con la verdulera. Respetando yo esta esquivéz, seguí hacia mi cátedra, y al volver la esquina de la calle del Tesoro, ya me había olvidado del rostro siempre pálido y expresivo de Irene, de su esbelto talle, y no pensaba más que en la explicación de aquel día, que era la *Relación recíproca entre la conciencia moral y la voluntad*.

VIII

¡Ay mísero de mí!

¡Ay infelice! Mortal cien veces mísero, desgraciado entre todos los desgraciados, en maldita hora caíste de tu paraíso de tranquilidad y método al infierno del barullo y del desorden más espantosos. Humanos, someted vuestra vida á un plan de oportuno trabajo y de regularidad placentera; acomodaos en vuestro capullo como el hábil gusano; arreglad vuestras funciones todas, vuestros placeres, descansos y tareas á discreta medida, para que á lo mejor venga de fuera quien os desconcierte, obligándoos á entrar en la general corriente, inquieta, desarreglada y presurosa... ¡Objetivismo mil veces funesto que nos arrancas á las delicias de la reflexión, al

goce del puro *yo* y de sus felices proyecciones; que nos robas la grata sombra de *uno mismo*, ó lo que es igual, nuestros hábitos, la fijeza y regularidad de nuestras horas, el acomodamiento de nuestra casa!... Pero estas exclamaciones, aunque salidas del fondo del alma, no bastan á explicar el grande y radical cambio que sobrevino en mis costumbres.

Oid y temblad. Mi hermano, mi único hermano, aquel que á los veintidós años se embarcó para las Antillas en busca de fortuna, me anunció su propósito de regresar á España trayendo toda la familia. En América había estado veinte años probando distintas industrias y menesteres, pasando al principio muchos trabajos, arruinado después por la insurrección y enriquecido al fin súbitamente por la guerra misma, infame aliada de la suerte.

Casó en Sagua la Grande con una mujer rica, y el capital de ambos representaba algunos millones. ¿Qué cosa más prudente que dejar á la Perla de las Antillas arreglarse como pudiese, y traer dinero y personas á Europa, donde uno y otras hallarán más seguridad? La educación de los hijos, el anhelo de ponerse á salvo de sobresaltos y temores, y, por otra parte, la comencilla de figurar un poco y de satisfacer ciertas vanidades, decidieron á mi hermano á tomar tal resolución. Dos meses habían pasado desde que me anunció su proyecto, cuando recibí un telegrama de Santander participándome ¡ay!... lo que yo temía.

Dióme la corazonada de que el arribo de aquel familión trastornaría mi existencia, y el natural gusto de abrazar á mi hermano se amargaba con el pensamiento de un molestísimo des-

barajuste en mis costumbres. Corría el mes de septiembre del 80. Una mañana recibí en la estación del Norte á José María con todo su cargamento; á saber: su mujer, sus tres niños, su suegra, su cuñada, con más un negrito como de catorce años, una mulatica, y por añadidura diez y ocho baúles facturados en grande y pequeña, catorce maletas de mano, once bultos menores, cuatro butacas. El reino animal estaba representado por un loro en su jaula, un sinsonete en otra, dos tomeguines en ídem.

Ya tenía yo preparada la mitad de una fonda para meter este escuadrón. Acomodé á mi gente como pude, y mi hermano me manifestó desde el primer día la necesidad de tomar casa, un principal grande y espacioso donde cupiera toda la familia con tanto desahogo como en las viviendas americanas. José María tiene seis años más que yo, pero parece excederme en veinte. Cuando llegó, sorprendióme verle lleno de canas. Su cara era de color de tabaco, rugosa y áspera, con cierta transparencia de alquitrán que permitía ver lo amarillo de los tegumentos bajo el tinte resinoso de la epidermis. Estaba todo afeitado como yo. Traía ropa de fina alpaca, finísimo sombrero de Panamá, con cinta negra muy delgada, corbata tan estrecha como la cinta del sombrero, camisa de bordada pechera con botones de brillantes, los cuellos muy abiertos, y botas de charol con las puntas achaflanadas. Lica (que este nombre daban á mi hermana política) traía un vestido verde y rosa, y el de su hermana era azul, con sombrero pajizo. Ambas representaban, á mi parecer, emblemáticamente la flora de aquellos risueños países, el encanto de sus bosques poblados de lindísimos pajarra-

cos y de insectos vestidos con todos los colores del iris.

José María no tenía palabras, el primer día, más que para hablarme de nuestra hermosa y poética Asturias, y me contó que la noche antes de llegar á Santander se le habían saltado las lágrimas al ver el faro de Ribadesella. Pagado este sentimental tributo á la madre patria, nos ocupamos en buscar habitación. Me había caído que hacer. Atareado con los exámenes de septiembre, tenía que multiplicarme y fraccionar mi tiempo de un modo que me ocasionaba increíbles molestias. Al fin encontramos un magnífico principal en la calle de San Lorenzo, que rentaba cuarenta y cinco mil reales, con cochera, nueve balcones á la calle y muchísima capacidad interior: era el arca de Noé que se necesitaba. Yo calculé los gastos de instalación, muebles y alfombras en diez mil duros, y José María no halló exagerada la cantidad. Los hechos y los números de los tapiceros demostraron más tarde que yo me había quedado corto, y que mi saber del conocimiento exterior y transcendente no llegaba hasta poseer claras ideas en materias de alfombrado y carruajes.

Aun estuvo la familia en la fonda más de un mes, tiempo que se empleó en la transformación de vestidos y en ataviarse según los usos de aquende los mares. Bandada de menestrales invadió las habitaciones, y á todas horas se veían probaturas, elección de telas, cintas y adornos, y las modistas andaban por allí como en casa propia. Proveyéronse las tres damas de abrigo recargados de pieles y algodones, porque todo les parecía poco para el gran frío que esperaban y para defenderse de las pulmonías. A las dos se-

manas, todos, desde mi hermano hasta el pequeño, no parecían los mismos.

Satisfechas estaban Lica, su mamá y hermana de la metamorfosis conseguida, no sin arduas discusiones, consultas y algún suplicio de cinturas; las tres alababan sin tasa la destreza de las modistas y corseteras, y principalmente la baturra de todas las cosas, así trapos como mano de obra. Tanto las entusiasmaba lo arregladito de los precios, que iban de tienda en tienda comprando bagatelas, y todas las tardes volvían á casa cargadas de diversos objetos, prendas falsas y chucherías de bazar. Los dependientes de las tiendas aparecían luego trayendo paquetes de cuanto Dios crió y perfeccionó la industria en moldes, prensas y telares. Las docenas de guantes, las cajas de papel timbrado, los *bibelots*, los abanicos, las flores contrahechas, los estuchitos, paletas pintadas, pantallas y novedades de cristalería y porcelana, ofrecían sobre las mesas y consolas de la sala un conjunto algo fantástico. Francamente, yo creía que iban á poner tienda.

También daban frecuentes asaltos á las confiterías, y en el gabinete tenían siempre una bandeja de dulces, por la necesidad en que Lica se veía de regalarse á cada instante con golosinas, entreverando los confites con las frutas, y á veces con algún pastelillo ó carne fiambre. Como se hallaba en estado de buena esperanza (y ya bastante avanzada), los antojos sucedían á los antojos. Es verdad que su hermana, sin hallarse, ni mucho menos, en semejante estado, también los tenía, y á cada ratito decían una otra: «Me apetece uva, me apetece huevo hilado, me apetece pescado frito, me apetece me-

rengue.» Las campanillas de las habitaciones repicaban como si por los altos alambres anduvieran diablitos juguetones, y los criados entraban y salían con platos y bandejas, tan atareados los pobres, que me daba lástima verles.

Las tres damas pasaban las horas echadas indolentemente en sus mecedoras, con los vestidos que habían traído de la calle, dale que dale á los abanicos si hacía calor, y muy envueltas en sus mantos si hacía frío. Por la noche iban al teatro, luego tomaban chocolate y se acostaban. Dormían la mañana, y cuando venía la peinadora estaban tan muertas de sueño, que no había forma humana de que se levantarán. Vencida de su abrumadora pereza, Lica, no queriendo levantarse ni dejar de peinarse, echaba la cabeza fuera de las almohadas, y en esta incómoda postura se dejaba peinar para seguir durmiendo.

En tanto, las dos niñas y el pequeñuelo enredaban solos en una pieza destinada á ellos y á sus bulliciosas correrías. Cuidábanles la mulata Remedios y el negro Rupertico. Los gritos se oían desde la calle; jugaban al carro arrastrando sillas, y no pasaba día sin que rompieran algo ó rasgaran de medio á medio una cortina ó desvencijaran un mueble. A poco de llegar se revolcaban casi en cueros sobre las alfombras, hasta que, habiendo refrescado el tiempo, se les veía jugar vestidos con los costosos trajes de paño fino guarnecidos de pieles que se les habían hecho para salir á paseo.

Rupertico era tan travieso que no se podía hacer carrera de él. De la mañana á la noche no hacía más que jugar ó asomarse al balcón

para ver pasar los coches. Cuando sus amas le llamaban para que les alcanzara alguna cosa, lo cual ocurría poco más ó menos cada dos minutos, era preciso buscarle por toda la casa, y cuando le encontrábamos le traíamos por una oreja. Yo me encargaba de esta penosa comisión, tan disconforme con mis ideas abolicionistas, porque los ayes del morenito me molestaban menos que el insufrible alarido de las señoras diciendo á toda hora: «Pícaro negro, tráeme mis zapatos; ven á apretarme el corsé; tráeme agua; alcánzame una horquilla», etc. Un día le buscamos inútilmente por toda la casa. «¿Dónde se habrá metido este condenado?», decíamos mi hermano y yo, recorriendo todas las habitaciones, hasta que al fin le hallamos en un cuarto obscuro. Su carilla de ébano se me apareció como un antropomorfismo de las tinieblas, que echaron de sí los dos globos blancos de los ojos, la dentadura ebúrnea y los labios de granate. Una voz ronquilla y apagada decía estas palabras: «*Mucho frío, mucho frío.*» Sacámosle de allí. Era como si le sacáramos de un tintero, pues estaba arrebujaado en un mantón negro de su ama. Aquel día se le compró un chaleco rojo de Bayona, con el cual estaba muy en carácter. Era un buen chico, un alma inocente, fiel y bondadosa que hacía pensar en los ángeles del fetichismo africano.

Casi todos los días tenía que quedarme á comer con la familia, lo cual era un cruel martirio para mí, pues en la mesa había más barullo que en el muelle de la Habana.

Principiaba la fiesta por las disputas entre mi hermano y Lica sobre lo que ésta había de comer.

«Lica, toma carne. Esto es lo que te conviene. Cuidate, por Dios.

— ¿Carne? ¡Qué asco!... Me apetece dulce de guinda. No quiero sopa.

— Niña, toma carne y vino.

— ¡Qué chinchoso!... Quiero melón.»

En tanto la *niña Chucha* (así llamaban á la suegra de mi hermano), que desde el principio de la comida no había cesado de dirigir acerbas críticas á la Cocina española, ponía los ojos en blanco para lanzar una exclamación y un suspiro, consagrados ambos á echar de menos el moniato, la yuca, el ñame, la malanga y demás vegetales que componen la vianda. De repente la buena señora, mareada del estruendo que en la mesa había, llenaba un plato y se iba á comérselo á su cuarto. Distraído yo con estas cosas, no advertía que una de las niñas, sentada junto á mí, metía la mano en mi plato y cogía lo que encontraba. Después me pasaba la mano por la cara llamándome *tío bonito*. El chiquitín tiraba la servilleta en mitad de una gran fuente con salsa, y luego la arrojaba húmeda sobre la alfombra. La otra niña pedía con atroces gritos todo aquello que en el momento no estaba en la mesa, y los papás seguían disertando sobre el tema de lo que más convenía al delicado temperamento y al crítico estado de Lica.

«Chinita, toma vino.

— ¿Vino? ¡Qué asco!

— Mujer, no bebas tanta agua.

— ¡Jesús, qué chinchoso! Que me traigan azucarillos.

— Carne, mujer, toma carne.»

Y el chico salía á la defensa de su mamá, diciendo :

«Papá *mapiango*.

— Niño, si te cojo...

— Papá cochino...

— Yo quiero fideo con azúcar — chillaba una vocecita más allá.

— Me apetece garbanzo.

— ¡Silencio, silencio! — gritaba José María, dando fuertes golpes en la mesa con el mango del cuchillo.

Una chuleta empapada en tomate volaba hasta caer pringosa sobre la blanca pechera de la camisa del papá. Levantábase José María furioso, y daba una tollina al nene; pegaba éste un brinco y salía, atronando la fonda con su lloro; enfadábase Lica; refunfuñaba su hermana; aparecía la *niña Chucha* enojada porque castigaban al nieto, y se sentaba á la mesa para seguir comiendo; llamaban á Rupertico, á la mulata, y en tanto yo no sabía á qué orden de ideas apelar, ni á qué filosofía encomendarme para que se serenara mi espíritu.

Como todo el día estaba comiendo golosinas, Lica no hacía más que probar de cada plato y beber vasos de agua. Al fin saciaba en los postres su apetito de cositas dulces y frescas. Servían el café, más negro que tinta; pero yo me resistía á introducir en mí aquel pícaro brebaje por temor á que me privara del sueño, y me impacientaba y contaba las horas, esperando la bendita de escapar á la calle.

Luego venía el fumar, y allí me veríais entre pestíferas chimeneas, porque no sólo era mi hermano el que chupaba, sino que Lica encendía su cigarrillo y la *niña Chucha* se ponía en la boca un tabaco de á cuarta. El humo y el vaivén de las mecedoras me ponían la cabeza

como un molino de viento, y aguantaba, y sostenía la conversación de mi hermano, que despuntaba ya por la política, hasta que llegada la hora de la abolición de mi esclavitud, me despedía y me retiraba, enojado de tan miserable vida y suspirando por mi perdida libertad. Volvía mis tristes ojos á la Historia, y no le perdonaba, no, á Cristóbal Colón que hubiera descubierto el Nuevo Mundo.

IX

Mi hermano quiere consagrarse al país.

Instaláronse á mitad de octubre en la casa alquilada, y el primer día se encendieron las chimeneas, porque todos se morían de frío. Lica estaba *fluxionada*, su hermana Chita (Merceditas) poco menos, y la *niña Chucha*, atacada de súbita nostalgia, pedía con lamentos elegíacos que la llevasen á su querida Sagua, porque se moría en Madrid de pena y frío. La casa, estrecha y no muy clara, era tediosa cárcel para ella, y no cesaba de traer á la memoria las anchas, despejadas y abiertas viviendas del templado país en que había nacido. Víctima del mismo mal, el expatriado sinsonte falleció á las primeras lluvias, y su dolorida dueña le hizo tales exequias de suspiros, que creímos iba á seguir ella el mismo camino. Uno de los tomeguines se escapó de la jaula y no se le vió á ver más. A la buena señora no había quien le quitara de la cabeza que el pobre pájaro se había ido de un

tirón á los perfumados bosques de su patria. ¡Si hubiera podido ella hacer otro tanto! ¡Pobre doña Jesusa, y qué lástima me daba! Su única distracción era contarme cosas de su bendita tierra, explicarme cómo se hace el ajíaco, describirme los bailes de los negros y el tañido de la maruga y el güiro, y por poco me enseña á tocar el birimbao. No salía á la calle por temor á encontrarse con una pulmonía; no se movía de su butaca ni para comer. Rupertico le servía la comida, y se iba engullendo por el camino las sobras que ella le daba.

En cambio, mi hermano, su mujer y cuñada se iban adaptando asombrosamente á la nueva vida, al áspero clima y á la precipitación y tumulto de nuestras costumbres. José María, principalmente, no echaba de menos nada de lo que se había quedado del otro lado de los mares. Bien se le notaba la satisfacción de verse tan obsequiado, y atraído por mil lisonjas y sollicitaciones, que á la legua le daban á conocer como un centro metálico de primer orden. Hacía frecuentes viajes al Congreso, y me admiró verle buscar sus amistades entre diputados, periodistas y políticos, aunque fueran de quinta ó sexta fila. Sus conversaciones empezaron á girar sobre el gastado eje de los asuntos públicos, y especialmente de los ultramarinos, que son los más embrollados y sutiles que han fatigado el humano entendimiento. No era preciso ser zahorí para ver en José María al hombre afanoso de hacer papeles y de figurar en un partidillo de los que se forman todos los días por antojo de cualquier individuo que no tiene otra cosa que hacer. Un día me le encontré muy apurado en su despacho, hablando solo, y á mis pregun-

tas contestó sinceramente que se sentía orador, que se desbordaban en su mente las ideas, los argumentos y los planes, que se le ocurrían frases sinnúmero y combinaciones mil que, á su juicio, eran dignas de ser comunicadas al país.

Al oír esto del país, díjele que debía empezar por conocer bien al sujeto de quien tan ardentemente se había enamorado, pues existe un país convencional, puramente hipotético, á quien se refieren todas nuestras campañas y todas nuestras retóricas políticas, ente cuya realidad sólo está en los temperamentos ávidos y en las cabezas ligeras de nuestras eminencias. Era necesario distinguir la patria apócrifa de la auténtica, buscando ésta en su realidad palpitante, para lo cual convenía, en mi sentir, hacer abstracción completa de los mil engaños que nos rodean, cerrar los oídos al bullicio de la prensa y de la tribuna, cerrar los ojos á todo este aparato decorativo y teatral, y luego darse con alma y cuerpo á la reflexión asidua y á la tenaz observación. Era preciso echar por tierra este vano catafalco de pintado lienzo, y abrir cimientos nuevos en las firmes entrañas del verdadero país, para que sobre ellos se asentara la construcción de un nuevo y sólido Estado. Díjome que no entendía bien mi sistema, y me lo probó llamándome demoledor. Yo tuve que explicarle que el uso de una figura arquitectónica, que siempre viene á la mano hablando de política, no significaba en mí inclinaciones demagógicas. Mostréme indiferente en las formas de gobierno, y añadí que la política era y sería siempre para mí un cuerpo de doctrina, un sabio y metódico conjunto de principios científicos y de reglas de arte, un organismo, en fin, y que por tanto que-

daban excluidos de mi sistema las contingencias personales, los subjetivismos perniciosos, los modos escurridizos; las corruptelas de hecho y de lenguaje, las habilidades y agudezas que constituyen entre nosotros todo el arte de gobernar.

Tan pronto aburrido de mi explicación como tomándola á risa, mi hermano bostezaba oyéndome, y luego se reía, y llamándome con vulgar sorna *metafisico*, me invitaba á enseñar mi sabiduría á los ángeles del cielo, pues los hombres, según él, no estaban hechos para cosa tan remontada y tan fuera de lo práctico. Después me consultó con mucha seriedad que á qué partido debería afiliarse, y le contesté que á cualquiera, pues todos son iguales en sus hechos, y si no lo son en sus doctrinas es porque éstas, que no le importan á nadie, no han sufrido análisis detenido. Luego, dándole una lección de sentido práctico, le aconsejé que se afiliara al partido más nuevo y fresquecito de todos, y él halló oportunísima la idea y dijo con gozo: «*Metafisico*, has acertado.»

Las relaciones de la familia aumentaban de día en día, cosa sumamente natural habiendo en la casa olor á dinero. Al mes de instalación, mi hermano tenía la mesa puesta y la puerta abierta para todas las notabilidades que quisieran honrarle. Las visitas se sucedían á las visitas, las presentaciones á las presentaciones. No tardó en comprender el jefe de la familia que debía desarraigar ciertas prácticas muy nocivas á su buen crédito, y así en la mesa, cuando había convidados, que era los más días del año, reinaba un orden perfecto, no turbado por las disputas sobre carne y vino, ni por las rarezas de la *niña Chucha*, ni por las libertades de los chicos.

Tomaron un buen jefe, un maestresala ó mozo de comedor, y aquello parecía otra cosa. El buen tono se iba apoderando poco á poco de todas las regiones de la casa y de los actos de la familia, y en las personas de Lica y Chita no era donde menos se echaba de ver la transformación y el rápido triunfo de las maneras europeas. Mi cuñada supo contener un poco su pasión por las yemas, caramelos y bombones, y los niños, excluidos de la mesa general, comían solos y aparte, bajo la dirección de la mulata. Conociendo su padre lo mal educados que estaban, acudió á poner remedio á este grave mal, pues no sabían cosa alguna, ni comer, ni vestirse, ni hablar, ni andar derechos. Lica deploraba también la incuria en que vivían sus hijos, y un día que hablaba de esto con su marido, volvióse éste á mí y me dijo: «Es preciso que sin pérdida de tiempo me busques una institutriz.»

X

Al punto me acordé de Irene.

La cual, para el caso, venía como de encargo. ¡Preciosa adquisición para mi familia y admirable partido para la huérfana! Contentísimo de ser autor de este doble beneficio, aquella misma tarde hablé á doña Cándida. ¡Dios mío, cómo se puso aquella mujer cuando supo que mi hermano con toda su gente estaba en Madrid! Temí que la sacudida y traqueteo de sus disparados nervios la ocasionaran un accidente epiléptico,

porque la vi echar de sus ojos relámpagos de alegría; la vi retozona, febril, casi dispuesta á bailar, y de pronto, aquellas muestras de loco júbilo se trocaron en furia, que descargó sobre mí, diciendo á gritos:

«Pero soso, sosón, ¿por qué no me has avisado antes?... ¿En qué piensas? Tú estás en Babia.»

En su mirada sorprendí destellos de su excelso ingenio, conjunto admirable de la rapidez napoleónica, de la audacia de Roque Guinar y de la inventiva de un folletinista francés. ¡Ay de las víctimas! Como el buitro desde el escueto picacho arroja la mirada á increíble distancia y distingue la res muerta en el fondo del valle, así doña Cándida, desde su eminente pobreza, vió el provechoso esquilmo de la casa de mi hermano y carne riquísima donde clavar el pico y la garra. La risa retozaba en sus labios trémulos, y todo su semblante denotaba un estado semejante á la inspiración del artista. Loca de contento, me dijo:

«¡Ay, Máximo, cuánto te quiero! Eres el ángel de mi guarda.»

No supe lo que me hacía al poner en comunicación al sanguinario Calígula con la inocente familia de mi hermano. Era ya tarde cuando caí en la cuenta de que, llevado de un sentimiento caritativo, atraje sobre mis parientes una plaga mayor que las siete de Egipto juntas. Era yo autor del mal, y me reía, no podía evitarlo, me reí viendo entrar en la casa para su primera visita á la representante de la cólera divina, puesta de veinticinco alfileres, radiante, amenazadora, con expresión de fiera majestad, semejante á la que debía de tener Atila. No sé de

dónde sacó las ropas que llevaba en aquella ocasión trágica. Creo que las alquiló en una casa de empeños con cuyos dueños tenía amistad, ó que se las prestaron, ó no sé qué, pues hay siempre impenetrables misterios en los modos y procedimientos de ciertos seres, y ni el más listo observador sorprende sus maravillosas combinaciones. Lo que llevaba encima, sin ser bueno, era pasable, y como la muy pícara tenía cierto continente de señora principal, daba un chasco á cualquiera, y ante los ojos inexpertos pasaba por persona de las que imperaban en la sociedad y en la moda. Su noble perfil romano y sus distinguidos ademanes hicieron aquel día papel más lucido que en toda la temporada de los esplendores de García Grande en tiempo de la Unión Liberal.

Cuando vió á mi hermano, le abrazó de tal modo y tales sentimientos hizo, que yo creí que se desmayaba. Recordó á nuestra buena madre con frases patéticas que hicieron llorar á José María, y se dejó decir que ella era una segunda madre para nosotros. En su conversación con Lica y Chita se mostró tan discreta, tan delicada, tan señora, que las cubanas quedaron encantadas, embobecidas, y Lica me dijo después que nunca había tratado á persona tan fina y amable. En aquella primera visita dió también doña Cándida rienda suelta á sus sentimientos cariñosos con los niños, haciéndolos toda suerte de mimos y zalamerías, y demostrándoles un amor que rayaba en idolatría. La niña Chucha tuvo un breve consuelo á su nostalgia en las tiernas expresiones de aquella improvisada amiga, que supo hablarle del ajíaco, poniendo en las nubes las comidas cubanas, y

terminó con un parrafillo sobre enfermedades. Hasta José María cayó en la astuta red, y un rato después de haber salido Calígula, me preguntaba si á los salones de doña Cándida iba mucha gente notable. Oyendo esto me entró una risa tan grande que creo oyeron mis carcajadas los sordomudos que están en el inmediato colegio de la calle de San Mateo.

Al día siguiente se presentó de nuevo en la casa mi cínife. Desde sus primeras charlas mostróse muy concienzuda, y decía: «¡Si parece que nos hemos conocido toda la vida!... Las miro á ustedes como si fueran hijas mías.» Luego les contaba sucesos de su vida, y hablaba de sí propia y de sus males en términos que me llenaba de admiración su numen hiperbólico. Había detenido el viaje á sus posesiones de Zamora para poder gozar de la compañía de tan simpática familia, y aunque sus intereses habían sufrido bastante por culpa de los malos administradores, no quería salir de Madrid porque sus amigas, la marquesa de acá y la duquesa de allá, la retenían. Sus dolencias eran lastimosa epopeya, digna de que Homero se volviera Hipócrates para cantarlas. Por último, en aquel segundo día y en los siguientes (pues antes faltara el sol en el cenit que Calígula en la casa de Manso) demostró tal conocimiento y arte en materia de modas, que fué constituida en Consejo de Estado de Lica y Chita, y ya no se escogió sombrero ni tela ni cinta sin previa opinión de la de García Grande.

«¡Pobrecitas! — les decía —, no entren ustedes en las tiendas á comprar nada. En seguida conocen que son americanas y les hacen pagar el doble, una cosa atroz... Yo me encargo de

hacerles las compras... No, no, hija, no hay que agradecer nada. Eso á mí no me cuesta trabajo; no tengo nada que hacer. Conozco á todos los tenderos, y como soy tan buena parroquiana, saco las cosas muy arregladas.»

Para que mi hermano se previniera contra los peligros económicos á que estaba expuesta la familia admitiendo los servicios de doña Cándida, le conté la dilatada y pintoresca historia de los sablazos, con lo que se rió mucho, diciendo sólo: «¡Pobre señora! ¡Si mamá la viera en tal estado!...»

A los pocos días hablé con Lica del mismo asunto; pero ella, rebelándose contra lo que juzgaba malicia mía, cortó mis amonestaciones diciéndome con su lánguida expresión:

«No seas ponderativo... Tú tienes mala voluntad á la pobre doña Cándida. ¡Es más buena la pobre...! Sería riquísima si no fuera por los malos administradores... ¡Será que el refaccionista le hace malas cuentas!... Luego es tan delicada la pobre... Ayer tuve que enfadarme con ella para hacerla aceptar un favorcito, un pequeño anticipo, hasta tanto que le vengan esas rentas del potrero..., no es potrero; en fin, lo que sea. ¡La pobre es más buena!... No quería tomarlo... ni por nada del mundo. Yo le pedí por la Virgen de la Caridad del Cobre que me hiciera el favor de tomar aquella poca cosa... Veo que te ríes; no seas sencillo... ¡La pobre!... Me ofendí con su resistencia y se me saltaron las lágrimas. Ella se echó á llorar entonces, y por fin se avino á no desairarme.»

Lica era una criatura celeste, un corazón seráfico. No conocía el mal; ignoraba cuanto de falaz y malicioso encierra el mundo, y á los

demás medía por la tasa de su propia inocencia y bondad. Yo contemplaba con tanto gozo como asombro aquella flor pura de su alma, no contaminada de ninguna maleza, y que ni siquiera sospechaba que á su lado existía la cizaña. Me daba tanta lástima de turbar la paz de aquel virginal espíritu inoculándole el virus de la desconfianza, que decidí respetar su condición ingenua, más propia para la vida en las selvas que en las grandes ciudades, y no le hablé más del feroz Calígula.

En tanto, Irene había tomado la dirección intelectual, social y moral de las dos niñas y el pequeñuelo. Se les destinó, por acuerdo mío, un holgado aposento, donde todo el día estaba la maestra á solas con los alumnetos, y en una habitación cercana comían los cuatro. Yo previne que todas las tardes salieran á paseo, no consagrando al estudio sedentario más que las horas de la mañana. La discreción, medida, recato y laboriosidad de la joven maestra enamoraban á Lica, que, en tocando á este punto, me echaba mil bendiciones por haber traído á su casa alhaja tan bella y de tal valor. También mi hermano estaba contentísimo, y yo me consolaba así del mal que hice con llevarles la calamidad de doña Cándida; y pensando en la útil abeja, olvidaba al chupador vampiro.

XI

¿Cómo pintar mi confusión?

¿Cómo describir mi trastorno y las molestias mil que trajo á mi vida la que mi hermano llevaba? De nada me valía que yo me propusiese

evadirme de aquella esfera, porque mis dichosos parientes me retenían á su lado casi todo el día, unas veces para consultarme sobre cualquiera asunto y molerme á preguntas; otras para que les acompañase. Parecía que nada marchaba en aquella casa sin mí, y que yo poseía la universalidad de los conocimientos, datos y noticias. Pues, ¿y el obligado tributo de comer con ellos un día sí y otro no, cuando no todos los del mes? Adiós mi dulce monotonía, mis libros, mis paseos, mi independencia, el recreo de mis horas, acomodada cada cual para su correspondiente tarea, su función ó su descanso. Pero nada me desconcertaba como las reuniones de aquella casa, pues habiéndome acostumbrado desde algún tiempo atrás á retirarme temprano, las horas avanzadas de tertulia entre tanto ruido y oyendo tanta necesidad, me producían malestar indecible. Además, el uso del frac ha sido siempre tan contrario á mi gusto, que de buena gana le desterraría del orbe; pero mi bendito hermano se había vuelto tan ceremonioso, que no podía yo prescindir de tan antipática vestimenta.

Ansioso de fama, José María bebía los vientos por decorar sus salones con todas las personas notables y todas las familias distinguidas que se pudieran atraer; pero no lo conseguía fácilmente. Lica no había logrado hacerse simpática á la mayor parte de las familias cubanas que en Madrid residen, y que en distinción y modales la superaban sin medida. No veían su alma bondadosa, sino su rusticidad, su llaneza campestre y sus equivocaciones funestas en materia de requisitos sociales. A mis oídos llegaron ciertos rumores y chismes poco favorables á la

pobre Lica. Por toda la colonia corrían anécdotas punzantes y muy crueles. Lo menos que decían de ella era que la *habían cogido con lazo*. Y tanta era la inocencia de la guajirita, que no se desazonaba por hacer á veces ridículo papel, ó no caía en ello. Ponía, sí, mucha atención á lo que mi hermano ó yo le advertíamos para que fuera adquiriendo ciertos perfiles, y se adaptara á la nueva vida; y al poco tiempo su penetración natural triunfó un poco de su inveterada rudeza. El origen humildísimo, la educación mala y la permanencia de Lica en un pueblo agreste del interior de la isla no eran circunstancias favorables para hacer de ella una dama europea. Y no obstante estos perversos antecedentes, la excelente esposa de mi hermano, con el delicado instinto que completaba sus virtudes, iba entrando poco á poco en el nuevo sendero, y adquiría los disimulos, las delicadezas, las prácticas sutiles y mañosas de la buena sociedad.

José María me suplicaba que le llevase buena gente, pero yo, ¡triste de mí!, ¿á quién podía llevar, como no fuese á dos desapacibles catedráticos, que iban á fastidiarse y á fastidiar á los demás? Es verdad que presenté á mi amado discípulo, á mi hijo espiritual, Manuel Peña, que fué muy bien recibido, no obstante su humilde procedencia. Pero ¿cómo no, si además de tener en su abono las tendencias ecualitarias de la sociedad moderna, se redimía personalmente de su bajo origen por ser el más simpático, el más guapo, el más listo, el más airoso, el más inteligente y dominador que podría imaginarse, en términos que descollaba sobre todos los de su edad y no había ninguno que le igualara?

Mi hermano simpatizó con él, tasándole en lo que valía; pero aún no estaba satisfecho el dueño de la casa, y á pesar de haberse afiliado á un partido que tiene en su escudo *la democracia rampante*, quería, ante todo, ver en su salón gente con título, aunque éste fuese pontificio, y hombres notables de la política, sin exceptuar los más desacreditados. Los poetas y literatos famosos también le agradaban y Lica estimaba particularmente á los primeros, porque para ella no había nada más delicioso que el sonsonete del verso. No seré indiscreto diciendo que ella también pulsaba la lira, y que en su tierra había hecho *natales* y algunas décimas, que tenían todo el rústico candor del alma de su autora y la aspereza salvaje de la manigua. Desde las primeras reuniones se hizo amigo de la casa y al poco tiempo llegó á ser concurrente infalible á ella un poeta de los de tres por un cuarto...

XII

¡Pero qué poeta!

Era de estos que entre los de su numerosa clase podía ser colocado, favoreciéndole mucho, en octavo ó noveno lugar. Veinticinco años, desparpajo, figura escueta, un nombre muy largo formado con diez palabras; un desmedido repertorio de composiciones varias, distribuídas por todos los álbums de la cursilería; soberbia y raquitismo componían las tres cuartas partes de su persona: lo demás lo hacían cuello estirado,

barbas amarillentas y una voz agria y dificultosa, como si manos impías le estuvieran apretando el gáznate. Aquel pariente lejano de las Musas (no vacilo en decirlo groseramente) me reventaba. La idea pomposa que de sí mismo tenía, su ignorancia absoluta y el desenfado con que hablaba de cuestiones de arte y crítica me causaban mareos y un malestar grande en todo el cuerpo. Vivía de un mísero empleillo de seis mil reales, y tal tono se daba, que á muchos hacía creer que llevaba sobre sí el peso de la Administración. Hay hombres que se pintan en un hecho, otros en una frase. Este se pintaba en sus tarjetas. Parece que el Director general le había elegido para que le escribiese las cartas, y estimando él esto como el mayor de los honores, redactaba sus tarjetas así:

Francisco de Paula de la Costa
y Sainz del Bardal

JEFE DEL GABINETE PARTICULAR

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DIRECTOR GENERAL DE BENEFICENCIA Y SANIDAD

Luego venían las señas: *Aguardiente, 1.*

Y á la cabeza de esta retahíla, la cruz de Carlos III, no porque él la tuviese, sino porque su padre había tenido la encomienda de dicha orden. Cuando este caballerito daba su tarjeta por cualquier motivo, creía uno recibir una biblioteca. Yo pensaba en que si llegaba un día en que por artes del Demonio hubiera de inscribirse el nombre de aquel poeta en el templo del arte, se habría de coger un friso entero.

Actualmente han variado las tarjetas, pero la persona no. Es de estos afortunados seres que concurren á todos los certámenes poéticos y juegos florales que se celebran por ahí, y se han ganado repetidas veces el pensamiento de oro ó la violeta de plata. Sus odas son del dominio de la farmacia por la virtud somnífera y papaverácea que tienen; sus baladas son como el diaquilón, substancia admirable para resolver diviosos. Hace *pequeños poemas*, fabrica poemas grandes, recorta *suspirillos germánicos* y todo lo demás que cae debajo del fuero de la rima. Desvalija sin piedad á los demás poetas y tima ideas; cuanto pasa por sus manos se hace vulgar y necio, porque es el caño alambique por donde los sublimes pensamientos se truecan en necedades huecas. En todos los álbums pone sus endechas expresando la duda ó la melancolía, ó sonetos emolientes seguidos de metro y medio de firma. Trae sofocados á los directores de ilustraciones para que inserten sus versos, y se los insertan por ser gratuitos; pero no los lee nadie más que el autor, que es el público de sí mismo.

Este tipo, que aún suele visitarme y regalarme alguna jaqueca ó dolor de estómago, era uno de los principales ornamentos de los salones de mi hermano, pues si éste no le hacía caso, Lica y su hermana le traían en palmitas por la pícara inclinación que ambas tenían al verso. Excuso decir que á los dos días de conocimiento ya don Francisco de Paula de la Costa y Sainz del Bardal... ¡Dios nos asista!... les había compuesto y dedicado una caterva de elegías, doloras, meditaciones y nocturnos, en que salían á relucir los cocoteros, manglares, hamacas, sinsontes, cu-

cuyos y la bonita languidez de las americanas.

Pero la gran adquisición de mi hermano fué D. Ramón María Pez. Cuando este hombre asistió á las reuniones, todas las demás figuras quedaron en segundo término; toda luz palideció ante un astro de tal magnitud. Hasta el poeta sufrió algo de eclipse. Pez era el oráculo de toda aquella gente, y cuando se dignaba expresar su opinión sobre lo que había pasado aquel día en el Congreso, sobre el arreglo de la Hacienda ó el uso de la regia prerrogativa, reinaba en torno de él un silencio tan respetuoso, que no lo tuvo igual Platón en el célebre jardín de Academos. El buen señor, diputado ministerial y encargado de una Dirección, tenía tal idea de sí mismo, que sus palabras salían revestidas de autoridad sibilina. Obligado por las exigencias sociales, yo no tenía más remedio que poner atención á sus huecos párrafos, que resonaban en mi espíritu con rumor semejante al de un cascarón de huevo vacío cuando se cae al suelo y se aplasta por sí solo. La cortesía me obligaba á escucharle, pero en mi corazón le despreciaba como despreciamos esa artimaña de feria que llaman *la cabeza parlante*. El no debía de tenerme gran estima; pero, como hombre de mundo, afectaba respeto á los estudios serios que eran mi tarea constante. Así, siempre que venía rodando á la conversación algún grave tema, decía con cierta benevolencia un poquillo socarrona: «Eso, al amigo Manso...»

Llevado por Pez fué también Federico Cimarra, hombre que conocen en Madrid hasta las piedras, como le conocían antes los garitos, también diputado de la mayoría, de estos que no hablan nunca, pero que saben intrigar por se-

tenta, y afectando independencia, andan á caza de todo negocio no limpio. Constituyen éstos, antes que una clase, una determinación cancerosa, que secretamente se difunde por todo el cuerpo de la patria, desde la última aldea hasta los Cuerpos Colegisladores. Hombre de malísimos antecedentes políticos y domésticos, pero admitido en todas partes y amigo de todo el mundo, solicitado por servicial y respetado por astuto, Cimarra no tenía las formas enfáticas del señor de Pez, antes bien era simpático y ameno. Solíamos echar grandes párrafos, él mostrándome su escepticismo tan brutal como chispeante, yo poniendo á las cosas políticas algún comentario que concordaba, ¡extraña cosa!, con los suyos. De esta clase de gentes está lleno Madrid: son su flor y su escoria, porque al mismo tiempo le alegran y le pudren. No busquemos nunca la compañía de estos hombres más que para un rato de solaz. Estudiémosles de lejos, porque estos apestados tienen notorio poder de contagio, y es fácil que el observador demasiado atento se encuentre manchado de su gangrenoso cinismo cuando menos lo piense.

Y las recepciones de mi hermano ganaban en importancia de día en día, y no faltó un peridiquín que se salió con que allí *reinaba el buen tono*, y dijo que todos éramos muy distinguidos. José Maria vió con gozo que entraban títulos en sus salones, cosa que á mí nunca me pareció difícil. El primero á quien tuvimos el honor de recibir fué al conde de Casa-Bojío, hijo de los marqueses de Tellería, casado con una cubana millonaria y distinguidísima. Se esperaba que no tardaría en ir también la marquesa de Tellería, y quizás quizás el marqués de Fúcar.

Pero lo más digno de consignarse y aun de ser transmitido á la historia, es que en las tertulias de Manso nació una de las más ilustres asociaciones que en esto tiempos se han formado y que más dignifican á la humanidad. Me refiero á esa *Sociedad general para socorro de los inválidos de la industria*, que hoy parece tiene vida robusta y presta eficaces servicios á los obreros que se inutilizan por enfermedad ó cualquier accidente. Yo no sé de quién partió la idea, pero ello es que tuvo feliz acogida, y en pocas noches se constituyó la Junta de gobierno y se hicieron los estatutos. Don Ramón Pez, que tocante á la Estadística, á la Administración, á la Beneficencia, era un verdadero coloso, y combinaba estas tres materias para sacar estados llenos de números y de los números pasmosas enseñanzas, fué nombrado presidente. A Cimarra hiciéronle vicepresidente, á mi hermano tesorero, y Sainz del Bardal, que era quien más mangoneaba en esto, se hizo á sí mismo secretario. ¡Que siempre, oh bondad de Dios, han de andar los poetas en estas cosas! Yo, por más que luché para no ser más que soldado raso en aquella batalla filantrópica, no pude evitar que me nombraran consiliario. No me molestaba el cargo ni su objeto, sino la negra suerte de tener que bregar con el poeta y de sufrir á toda hora la ingestión de sus increíbles necedades. Era su trato como sucesivas absorciones de no sé qué miasmas morbosos. Yo me ponía malo con aquel dichoso hombre. Manuel Peña le odiaba tanto, que le había puesto por nombre *el tifus*, y huía de él como de un foco de intoxicación.

Y ya que hablo de Peña, diré que era muy considerado en la tertulia y que se apreciaban

sus méritos y condiciones. Algo y aun algos á veces se transparentaba del antecedente de la tabla de carne; pero la cortesía de todos, el tufillo democrático de algunos tertuliantes, y más que nada, la finura, corrección y caballeridad de Peña, ponían las cosas en buen terreno. ¡Cosa rara!; el que más parecía estimarnos á Peña y á mí era el cínico Cimarra, despreocupadísimo, apasionado, según decía, de la gente que vale. Era de estos que se burlan del saber y admiran á los que saben. Pero no me gustó que el mismo Cimarra fuese quien por primera vez dió en llamar á mi discípulo *Peñita*, diminutivo que le quedó fijo y estampado, y que, digan lo que quieran, siempre lleva en sí algo de desdén.

José María pasaba el día rumiando lo que por la noche se había dicho en la tertulia, y no se ocupaba más que de fortificar sus ideas y de organizarlas de modo que estuvieran conformes con el credo del partido.

«¿Qué te parece el partido?» —me preguntaba con frecuencia.

Y yo le respondía que el partido era el mejor que hasta la fecha se había visto. A lo que él decía: «Yo quisiera que se organizase á lo inglés..., porque esto es lo verdaderamente práctico, ¿eh? Es verdaderamente lamentable que aquí no estudie nadie la política inglesa y que vivamos en un tejer y destejer verdaderamente estéril.»

Yo le oía, y, alabando á Dios, le daba cuerda para que siguiese adelante en sus apreciaciones y me mostrase, como asunto de estudio, la asombrosa variedad de las manías humanas.

Volviendo alguna vez los ojos á los asuntos de su casa y de sus hijos, me decía:

«Bueno será que des una vuelta por el cuarto de los chicos, ¿eh?... á ver qué tal se porta esa institutriz verdaderamente notable.»

Yo lo hacía de muy buen grado. Iba por un rato, y sin darme cuenta de ello me pasaba allí un par de horas, inspeccionando las lecciones y contemplando como un tonto á la maestra, cuya belleza, talento y sobriedad me agradaban en extremo.

XIII

Siempre era pálida.

Tan pálida como en su niñez, de buen talle, muy esbelta, delgada de cintura, de lo demás proporcionadísima en todos sus contornos, admirable de forma, y con un aire... Sin ser belleza de primer orden, agradaba probablemente á cuantos la veían, y con seguridad me agradaba á mí, y aun me encantaba un poquillo, para decirlo de una vez. Bien se podían poner reparos á sus facciones; pero, ¿qué rígido profesor de Estética se atrevería á criticar su expresión, aquella superficie temblorosa del alma, que se veía en toda ella y en ninguna parte de ella, siempre y nunca, en los ojos y en el eco de la voz, donde estaba y donde no estaba, aquel viso del aire en derredor suyo, aquel hueco que dejaba cuando partía?... Era, hablando más llanamente, todo lo que en ella revelaba el contento de la propia suerte, la serenidad y temple del ánimo. Formando como el núcleo de todos estos